

LA VENGADA A SU PESAR,

POR DON ANDRES DE PRADO, natural de Sigüenza.

UNA noche de las tenebrosas de invierno, que con horrores de densas nubes y fúnebres sombras causaba espanto al mas denodado pecho, ocasionadas de lo proceloso de una deshecha tempestad que con torbellinos de truenos y borrasca de relámpagos obligaba á temor y anunciaba tímidas aventuras, caminaba Periandro por lo encumbrado de una montaña en el reino de Leon, en un lucido hijo de Erbonas, tan noche en la color, que parece esta le tomó por dechado para parecer mas lúgubre. Solo caminaba, mas no tanto que sus pensamientos no le sirvieran de crueles camaradas en su nunca imaginada partida: digo no imaginada por haber sucedido el caso que á esto le obligaba tan repentino. Bajaba pues por lo angosto de una senda, deseoso de hallar algun pobre albergue para guarecerse de tan impensado suceso, á tiempo que oyó una voz que de lo oculto de unas intrincadas matas le decia: Si hay piedad en los cristianos pechos, y tú, cualquiera que seas, la tienes, socorre á una desdichada y congojada mujer, que este nombre te puede obligar cuando no te mueva mi voz, que desfallecida te avisa de la pena que mi cuerpo padece. Desmontó apresurado el valeroso jóven, y desnudando la luciente cuchilla, terciando al brazo la capa, fué siguiendo estos últimos ecos; mas llegando al puesto de donde la voz salia, vió en él un bulto que con diversos vuelcos daba muestras de su ahogado espíritu; procuró levantarle, y viendo no ser posible, lo acomodó para que tomara algun aliento; pero quiso el cielo, que siempre socorre á los que afligidos le invocan, divisase algo léjos una pajiza choza, de la cual salian muchos resplandores de encendidas teas; parecióle que para descanso de aquel fatigado cuerpo seria mejor llevarle adonde la luz se divisaba; y tomando su caballo, acudió al referido puesto con la diligencia que fué posible; dió cuenta á los rústicos habitantes de la presente desdicha, los cuales vinieron al ya dicho sitio, y acomodando en sus fornidos brazos á la lastimada señora, la llevaron á ella, con cuya diligencia cobró algunos alientos su fatigado espíritu, dando muestras de agradecida con humildes señas, por tener la lengua ocupada de la modestia que la

causaban tres penetrantes heridas que en su rostro y gallardo cuerpo por las manchas de la sangre mostraba. Acudieron piadosos á su cura; y habiendo cocido salutíferas plantas en mediano, si no acendrado vino, se las lavaron y aplicaron las yerbas, dándole alguna aunque rústica refeccion á su postrada persona, dejándola quieta para que pasara sosegada lo que de la noche restaba. Recogióse nuestro Periandro, y los rústicos algo retirados para hacer lo mismo hasta que el dia, bien deseado de todos, les diera luz para buscar el conveniente remedio para aquella afligida señora.

Amaneció lucido el principe de los astros y padre de las luces, siendo hora para que nuestro caballero, que cuidadoso habia estado de saber cómo se hallaba la herida, se levantase, y llegando adonde la habia dejado la noche antes, la halló, viendo en su rostro un prodigio de perfeccion; y habiéndola saludado cortés, á que correspondió agradecida, la preguntó cómo se hallaba de sus heridas; á que respondió que con mucho alivio por la diligencia de su amparo, cura y asilo. Quisieron los rústicos dar cuenta al lugar cercano de esta desgracia, mas no lo consintió Periandro, pareciéndole que con el movimiento se le podian nuevamente alterar las heridas á la dama; y á la verdad no era sino pena de que se apartase de su vista aquella que con la suya le habia hecho de libre esclavo de sus lucientes rayos.

¡Oh, amor, de cuántos ardidés te vales y vales por ardid! A piedad mueves cauteloso, y es cautela para precipitar el corazon incauto á que ame y pretenda atrevido: tal era la centella que se habia introducido en el pecho de este caballero así que vió la beldad de la herida dama. Fueron los villanos á su cotidiano ejercicio, y en el ínterin pidió Periandro á su nuevo empeño le diera noticia de su desgracia, de su patria, estado y nombre; á que se excusó diciendo era aumentar su achaque referir lo que le pedia; y por no disgustarla, remitió el saberlo para mejor ocasion. A esta sazón pasaba un cirujano del lugar vecino á otro á cierta cura, y avisado de los pastores, Periandro le suplicó viese las heridas á la dama, ofreciéndole satisfacer, á que el cirujano se ofreció con mucho gusto, por haber

visto en nuestro héroe un no sé qué de autoridad oculta. Visitóla, y viendo las heridas, dijo no ser de cuidado, cuya alegre nueva satisfizo este caballero con una rica sortija que en su mano traía; y habiéndole aplicado nuevos remedios, se despidió, ofreciendo volver otro día, y otros si fuese menester hasta dejar del todo sana á esta señora, con que siguió su camino.

Gustoso quedó Periandro viendo había hallado el remedio á su deseo sin entrar en poblado, y enviando á uno de los pastores, que esta era su ocupacion, al pueblo, dándole dineros suficientes, mandó le trajeran los regalos necesarios para la asistencia de la enferma, á que ella correspondió con muchas gracias del cuidado que su valedor le mostraba en su regalo y cura. Aquí entre las corteses razones vino á descubrir nuestro héroe un mas que mediano ingenio, acompañado de modestos y finos agasajos, incentivos de la voluntad, y redes del albedrío, que sirvieron de alimentar la nueva afición y recién nacida voluntad, para que llegara á crecer gigante y conservarse firme, como se verá.

Ocho dias pasaron, en los cuales no sucedió accidente alguno, hallándose muy mejorada esta dama con las visitas del cirujano, que las hizo con mucho cuidado, bien gratificadas de nuestro Periandro, al cual un dia que se halló á solas le dijo esta dama cómo era forzosa su ausencia; mas viendo el sentimiento que por ello hacia, le consintió que la acompañara, si bien con el pretexto que no habia de pasar de los límites de la cortesía, que nuestro caballero ofreció con juramento. Satisficéronles la buena obra á los pastores, con lo cual se partieron por una inculta senda, yendo la dama á las ancas, y Periandro gobernando su orgulloso caballo en la silla. Bien habian andado mas de tres leguas, cuando Periandro le pidió á su ya mejorado dueño le refiriese la causa de haberla hallado en aquel sitio, á tales horas, tan herida y lastimada; á que la dama satisfizo diciendo:

Cuatro leguas poco mas de aquí dista, oh noble caballero, la siempre ilustre Segovia, ciudad rica y abundante, habitada de nobles y ricos caballeros como de discretas y bellisimas damas: esta es mi patria; mi nombre Anarda, tan desgraciada, que pudiera por antonomasia llamarme la propia infelicidad. Nací hija única de heróicos y ricos ascendientes; pero ¡qué le importa la riqueza á la que nació sin dicha! Criéme de tiernos años con mis padres, que en breve pasaron de este á mejor siglo, heredando yo, junto con la calidad, un cuantioso mayorazgo, que pasa de seis mil ducados de renta; quedé sujeta á una hermana de mi difunto padre, señora ya mayor, ejemplo de virtud y archivo de perfeccion. De este modo lo pasé hasta los tres lustros de mi edad, que trató esta señora darme estado, viendo los muchos pretendientes que me salian, ya movidos de mi hermosura, ó ya de mi hacienda, como ellos decian.

Habitaba pared en medio de mi cuarto un caballero, mozo en la edad, galán en la persona, y rico en los bienes de naturaleza, si bien en los de fortuna muy pobre,

recien venido de Indias á ciertas pretensiones: á este un dia vi entrar en su posada desde unas celosías, y os aseguro me aficionó su talle y gallarda presencia, porque luego sentí dentro del pecho un volcan en que el corazon dulcemente se abrasaba, víctima que en holocausto ofrecia él alma á su gentileza; reprimí mis deseos, recogí mis pensamientos, y á mí misma me dije libre, desordenada y otras razones para moderarme; pero ¡qué vale la correccion donde está la fuerza del hado! Propuse el no salir á mis ventanas, juré no abrirlas, y traté á mi memoria condenarla á perpetuo olvido; pero ¡ah inconstante oferta! pues ella misma me inclinaba y excitaba á hacer lo contrario. Pasé algunos dias hasta que uno festivo salí acompañada de mi tia y un gentilhomme, criado antiguo de mis padres, á cumplir con las obligaciones de cristiana, á tiempo que don Antonio, que este es el nombre del forastero, estaba acabándose de vestir en un cuarto bajo, cuyas celosías salian á la principal calle por donde habiamos de pasar; fué fuerza vernos, y, ó ya sea curioso, ó ya motivado de nuestra vista, salió en breve siguiéndonos hasta la iglesia, en la cual todo el tiempo que estuvimos no apartó un punto los ojos de mi persona, diciéndome con ellos su deseo; los míos os aseguro que, aunque cubiertos del sutil manto, deseaban, por mas que los apartaba, hacer lo mismo.

Acabóse la fiesta y con ella esta amorosa batalla; siguiónos don Antonio, y sabiendo nuestra casa, fué vigilante centinela en inquirir quién yo era, mi calidad y estado; fué informado, muy á su satisfaccion, por una criada mia, la mas allegada; trató declararse por un papel que llegó á mi mano por las de mi sirviente, y aunque al principio la reprimí y rehusé, fueron tantas sus persuasiones, que me obligaron á tomarle; mas con el presupuesto de no responder, y abriéndole, vi que decia:

«Quien padece sin declarar su mal, no busca el remedio á su dolencia; yo, hermosísima Anarda, os adoro con tan casto amor, que solo se dirige á haceros dueño de mi persona, pues lo sois de mi alma; atrevido juzgaréis mi pensamiento si reparais en vuestros méritos; pero ellos mismos disculpan mi arrojo, por haber sido el motivo, que quien busca lo mejor no es digno de castigo, sino de premio; este esperaré yo de vuestra mano, pues ella podrá premiar mi esperanza, si la consigo, para que os merezca esposa quien os venera esclavo.»

»DON ANTONIO.»

Leí este papel delante de Leonisa, que este es el nombre de mi criada, la cual me exageró las prendas, condicion y calidad de este caballero con tantos hipérbolos, que pudiera tenerla celos, á no ver la desigualdad que habia entre las dos. Hice desprecio del papel, y mandéle no me tratara mas de esta materia, si queria estar en mi compañía, á lo cual se disculpó ofreciendo no darme enfado. Acertó á venir á visitarme una amiga, por lo cual, dejando á Leonisa, salí á mi estrado á cum-

plir con aquella obligacion forzosa; llegó doña Juana, que este era el nombre de mi amiga, algo melancólica, y despues de haber pasado los corteses cumplimientos, la pregunté la causa de su tristeza, ofreciéndole, ya que no del todo el alivio, al menos lo que yo pudiese hacer para sublevarle en parte su fatiga; á que respondió agradecida, dándome cuenta de su pasion con algunos sollozos, en las siguientes razones:

Dos años ha, discreta Anarda, que como sabes mudó su casa mi padre de la gran Sevilla á esta ciudad, en los cuales no ignoras la amistad que las dos hemos profesado; tambien tienes noticias, amiga mia, y has visto en mí el recogimiento que siempre he guardado. Pues has de saber que habrá como tres meses vino á sus pretensiones don Antonio de Leiba, vecino tuyo, el cual en Sevilla me miró con las atenciones debidas á las mujeres de mi calidad; este pues ha como algunos dias que se ha entibiado en su amor, tanto, que me ha movido á saber por tu medio, si es posible, la causa de que nacen estos desvíos; por lo cual estimaria que Leonisa le llevase un papel de mi parte, para entender el origen de su olvido. Esto es lo que me tiene sin gusto, esto lo que me aqueja, y esta, en fin, es la inquietud que el alma padece; y pues me ofreciste remedio, ese te pido.

Cuál yo quedé, bien lo podeis colegir de quien estaba tan á los principios de su voluntad, y aunque tan arraigada, disimulé mi pena, ofreciendo hacer lo que me pedía; y llamando á Leonisa, hice llevase el papel de doña Juana á don Antonio, que ella llevó muy contenta, imaginando ser mio; mas luego salió de esta dula, como veréis, porque habiéndosele dado y conocido la letra, la despidió desabrido, diciéndola responder á doña Juana no estaba para obedecerla por cierta ocupacion; y de paso le dijo: Advertid á la señora Anarda no se emplee mas en estas diligencias, pues no conoce los sujetos que las piden, que no hablan verdad en lo que informan, ni tienen razon de lo que se quejan.

Esta fué la respuesta de don Antonio, y aunque yo, viendo el desaire, pude quedar satisfecha, no obstante, siempre tuve algun recelo de si me trataba con verdad. Cesó la visita con el dia, yéndose doña Juana con la misma tristeza, á mi parecer, del desprecio referido. Pasamos Leonisa y yo lo que de él restaba en ponderar el desaire hecho, y ella de su parte me enareció lo que don Antonio le habia dicho á la despedida. Al cabo de algunos dias volvió mi amante á insistir en su pretension, y viendo mi desprecio, me envió unas décimas glosando esta cuartilla, que se habia hecho á una dama de palacio del propio nombre:

Pues es ya mi vida Anarda,
Y ella no quiere que viva,
Yo me muero porque estoy
Sin esperanza de vida.

Salamandra mi afición,
Porque ve cuánto interesa,
Se solicita pavesa
En tan rara perfeccion;
Y alegre mi corazon,
Que al mirarla se acobarda,
Dice (con ansia gallarda,
Que ánimos puede infundir):
No temas, que he de morir,
Pues es ya mi vida Anarda.

Amoroso me importuna
A que os adore readido,
Porque siempre al atrevido
Favorece la fortuna;
Todo mi valor se auna
Para adoraros esquivia;
Y con esta llama activa
Que me llega á persuadir
Vuelvo, señora, á vivir,
Y ella no quiere que viva.
Yo estoy herido con gusto
Del arpon de vuestros ojos,
Y entre tan dulces enojos,
Me parece el rigor justo;
No esperéis que llame injusto
Este ceño desde hoy,
Que á vuestra presencia voy,
Donde podré blasonar,
Si otros mueren por no estar
Yo me muero porque estoy.
No espero, no, mejor suerte,
Sino que logreis el tiro,
Pues que con ansias aspiro
A tener vida en tal muerte;
Dulce fin mi amor advierte
En dicha tan conocida,
De mí fe bien merecida,
Pues podrá blasonar tener,
Que por vos se llegó á ver
Sin esperanza de vida.

Estas décimas, junto con su retrato, llegaron á mí poder por orden de Leonisa, que me dijo que, aunque perdía mi casa, no habia de pasar en silencio las penas que yo le causaba á don Antonio, pues por mis desvíos habia estado casi en los umbrales de la muerte. Asegúroos, señor Periandro, que lo sentí, y que me pareció no era razon dejar de aplicar el remedio sabiendo el achaque, y que se originaba por mi desprecio. Obligóme por esto á favorecerle, enviándole una banda verde con puntas de oro, para que con su color cobrara esperanza y sustentara el brazo, por estar sangrado, y las puntas para asegurarle de mi firmeza, juntamente con un papel respondiendo al primero. Aquí le pidió nuestro caballero lo refiriese, á que con algunos colores lo hizo, que le ocasionaron sus memorias y recato natural, diciendo:

«Arrojo os parecerá, señor don Antonio, el escribir una doncella á un caballero libre; pero no lo juzgueis, sino entendid que, movida de la pena que referís, lo hago solo para que no me noteis cruel, dándoos licencia para que me veais, con el respeto debido á las mujeres como yo; ahí os envío esa banda para el descanso de vuestro brazo; yo le tendré si tratáis de pedirme á mi tia por esposa; pues no siendo así vuestro intento, dudaré de la verdad que acreditais por el vuestro. Dios os guarde.»

»ANARDA.»

Este papel llevó Leonisa muy contenta, por haber alcanzado lo que le pareció imposible de mi condicion, y mas por las albricias que don Antonio le dió, que fueron algunos doblones, que no es pobre amor favorecido en sugeto deseoso de alcanzar lo que pretende. Hizo extremos de alegría viendo le daba licencia para verme; y concertando con Leonisa la hora, la despidió, previniéndose para el dia siguiente de una costosa gala, que lo bien tallado de su persona le daba nuevos realces al adorno. Volvió Leonisa con tanto alborozo, que dudé si acaso era la interesada, y nuevamente me enareció la afabilidad, cortesía y trato de mi nuevo dueño, diciéndome que el dia siguiente estaria muy puntual á visitarme; encarguéle el silencio, á que se ofreció con muchas maldiciones, con que le fié mis ansias, que hasta entonces las habia tenido ocultas, dándole cuenta de mi amorosa pasion y de lo sucedido cuando le vi entrar en su posada, y juntamente el habernos seguido hasta la iglesia, con lo demás que ya sabeis.